

¿Para qué sirve la filosofía?

Pseudónimo: *Hanna Arendt*

Nos estamos preguntando acerca de la utilidad de la filosofía en nuestra sociedad, qué sentido tiene estudiarla, qué nos puede aportar personalmente la reflexión filosófica, el interés que puede encerrar en la vida diaria...

Para comenzar realizaré un análisis de la realidad en la que estamos inmersos aquí y ahora. El primer rasgo que voy a destacar, dado que vivimos en una sociedad definida por la Ciencia y la Tecnología, es el problema del reduccionismo. Consiste en simplificar la realidad, convertir su complejidad en un esquema más simple. Este modelo nos permite manejarnos con la realidad, pero no debe ser confundido con ella. Así, definir el pensamiento como mera actividad cerebral es lo mismo que confundir el mapa con la ciudad por la que nos permite orientarnos. La ciencia hace que todo lo que nos rodea se pueda calcular, pero al tratar de medir la existencia observamos que lo que no está matematizado queda fuera del alcance de la ciencia.

El científico, por lo tanto, debe ser consciente de que la realidad es mucho más rica de lo que la ciencia le permite entender. La actitud científicista piensa que por conocer parte de la realidad ya la conoce en su totalidad. En este sentido, reducir el pensamiento a actividad cerebral impide distinguir entre pensamiento verdadero y pensamiento falso, ya que uno y otro son por igual actividad cerebral. La referencia a la realidad, por la cual distinguimos entre pensamiento verdadero y falso, ha desaparecido así. Otra reducción peligrosa es la que confunde lo posible y lo permitido: ¿realmente está permitido todo lo posible? Esta segunda identificación reduce la dimensión ética del hombre a su dimensión técnica.

En efecto, si admitimos que todo lo posible está permitido estamos afirmando que la moral humana es igual a la “moral” de una máquina, donde las acciones son mero cálculo, o a la “moral” de un animal, que ante un estímulo dispara una reacción inmediata, sin introducir entre ambas el tiempo necesario para pensar, con lo que desaparece la libertad.

Pondré otro ejemplo que al principio puede parecer que no tiene nada que ver, el de los límites del contractualismo. Se trata de un pacto social según el cual un ciudadano tiene derecho a recibir si cumple con la obligación de dar. Muchas personas quedan fuera ya que apenas tienen qué aportar, se encuentran “desnudos”. Si tomamos

como rasgo definitorio de la bondad la capacidad de hallar una solución y tener la valentía de ponerla en práctica, no estamos tomando en cuenta al otro. Hemos reducido la condición humana a mera pieza del mundo, y así no sería ilógica, partiendo de esa definición, soluciones como la llamada “solución final al problema judío”. El hombre, pues, no es una simple pieza más del engranaje que es el mundo.

¿Qué nos hace entonces diferentes? El hecho de ser conscientes de nosotros mismos, de preguntarnos si somos una simple pieza del engranaje. El pudor es esa experiencia de que algo nos distancia del resto de la naturaleza, con la que no llegamos a fundirnos; que nuestro cuerpo no es como la piedra ni como el perro que desconocen la vergüenza. Podemos juzgar lo que hacemos, reflexionar sobre lo que debemos hacer y actuar en consecuencia. Al ser conscientes de nuestra mortalidad, buscamos un sentido a la vida. Esto es lo que significa definirnos como animales simbólicos, dotados de lenguaje y capaces de hablar de nosotros mismos. Este no es sólo un instrumento del comunicar, sino la condición del pensar.

En relación con esto, hay que señalar otro rasgo de nuestra sociedad: la poderosa influencia de los medios de difusión de masas. Por un lado crean identidades ideológicas y, por otro, reducen la realidad a una imagen. Pertener a un clan genera que una persona se sienta más acogida por los demás y más segura, se deja influenciar por lo que el resto hace y piensa, lo cual hace difícil formarse un criterio propio. La reflexión, el pensamiento, el deber de razón que lleva a juzgar, y llegado el caso, a rebelarse contra el clan genera cierta soledad, y para afrontarla hay que ser valiente.

Las personas estamos expuestas a una lluvia de imágenes, las cuales tapan la realidad ya que ofrecen solo una parte de algo mucho más grande, dando pie a la gran oportunidad de la mentira. La realidad nos queda lejos, de ella no tenemos experiencia; solo nos llega la imagen confeccionada por los medios. Tomar posición por uno mismo resulta muy difícil pues lo que se nos ofrece viene ya interpretado. A nosotros sólo nos queda ingerirlo sin masticarlo ni digerirlo. Se nos ha quitado pues la capacidad de diferenciar entre realidad y apariencia, y acabamos construyendo nuestro mundo conforme a las imágenes, de modo que la realidad pasa a ser copia de sus copias. Así adiestrados podemos vernos incapacitados para contradecir; nos hemos vuelto serviles, pero estamos satisfechos porque hemos confundido la libertad con la comodidad, ya que la servidumbre se nos ofrece como entretenimiento.

La televisión está transformando al homo sapiens, producto de la cultura escrita,

en un homo videns, para el cual la palabra está destronada por la imagen. Su primacía nos lleva a ver sin entender, destruyendo más saber y entendimiento del que transmite. Internet es útil siempre que no desemboque en un modo de vivir que consista solo en matar el tiempo.

Una vez presentado este contexto, ¿qué utilidad tiene entonces la filosofía? Esta arraiga en la propia condición humana. Se cuestiona acerca de aquello que veníamos viviendo y creyendo con naturalidad, reflexiona sobre lo que hay a nuestro alrededor y de lo que no nos percatamos. Aunque la ciencia tenga unos límites, el hombre se empeña en conocer aquello sobre lo que esta no responde porque necesita encajar las piezas de ese rompecabezas que es su vida: la ciencia puede explicar el proceso de la muerte, pero no puede decirnos nada del sentido que tiene para el ser humano morir.

Aunque mucho en nuestra vida nos viene dado de una forma clara, la rareza del filósofo consiste en decir que el mundo no es para él tan evidente, que siempre hay que saber más de lo que ahora sabemos y, sobre todo, que hay que reconocer que no sabemos tanto como creemos.

La conciencia que el ser humano tiene de existir introduce una novedad en el universo: la moral no es solo mero cálculo, que una máquina puede hacer. En otras palabras, lo permitido va más allá de lo posible, lo cual puede llegar a significar que mi propia vida no deba desentenderse de la del otro, llegando incluso a velar por él, a desvivirme por él. En este caso el yo gira en torno al otro, lo cuida y se siente responsable de su existencia. Levinas lo llama el “rostro” y ante su desnudez, que es la de la condición humana, no puedo pasar indiferente aunque yo no sea el culpable de su abandono: el rostro por sí mismo es súplica. Esta es la base de la solidaridad.

Pero, ¿por qué es necesario pensar para actuar? Los problemas son inevitables y empujan al hombre a actuar para solucionarlos. Es importante pensar para actuar ya que al elegir una opción deseamos otras, y no actuar tampoco es una opción. Hay que deliberar aun sabiendo que existe una desproporción desconcertante entre lo que sabemos, lo que queremos y lo que hacemos, y no solo deliberar sobre los medios convenientes para alcanzar nuestro objetivo, sino también, y quizá sobre todo, acerca de nuestros propósitos. A esto se refería Kant cuando formuló el imperativo categórico, según el cual hay que actuar siempre de manera que la máxima de mi acción pueda llegar a ser ley universal, esto es, aceptada por los demás.

Todo esto puede generar una reacción parecida a la que padeció Sócrates cuando en la calle abordaba a sus conciudadanos para preguntarles acerca de los criterios de su acción. En el pensamiento se vio un peligro, el de debilitar todos los criterios establecidos. Pensar impide aferrarse ciegamente a cualquier regla admitida en una sociedad y hace que cada vez que nos encontremos con una dificultad recomencemos desde el principio, tratando de conseguir una reflexión crítica personal, sin que nos influyeran las opiniones del resto. Lo peculiar del pensar es que una persona no es solo para los otros, sino también para sí, y su conciencia le juzgará su conducta. Quien no conozca esta relación silenciosa consigo mismo no tendrá nunca la necesidad de justificar lo que dice o hace.

¿Cómo comienza una persona a filosofar? La sabiduría humana se basa en la búsqueda del sentido, en el amor o el deseo por saber. Cuando las seguridades que teníamos se empiezan a desmoronar y no entendemos lo que nos pasa es cuando empezamos a filosofar. Entonces tenemos que dejar atrás esa comodidad y despreocupación a la que estábamos habituados y adaptarnos a la inquietud que la caracteriza. Si damos la espalda a esta inquietud reflexiva y a la pasión por vivir despiertos, sin preguntarnos ni reflexionar acerca de nuestra vida, estamos impidiéndonos descubrir el misterio que es vivir.

Y, para finalizar, ¿por qué estudiar filosofía en el bachillerato? Es obvio que resulta bueno obtener una formación para en un futuro llegar a ser profesionales, pero más importante aun es conocer el peligro que encierra saber hacer sin tener ni idea de por qué o para quién hacemos. Lo primordial en primaria y secundaria, cuando dejamos atrás la infancia y su cobijo, es formar personas capaces de proponerse metas y abrir horizontes. La filosofía puede servir para ello.

Pseudónimo: *Hanna Arendt*